

inefable esta consoladora perspectiva, mientras que, con todo el afecto de Nuestro corazón, os damos á vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y á todos los católicos de Francia, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á ocho de Septiembre de mil ochocientos noventa y nueve, año vigésimosegundo de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

ARTÍCULO II

ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA (1)

I.

El impulso activo y enérgico que recibió el estudio de la filosofía, lo mismo en la época de la Edad media, que en los tiempos posteriores, en que la inteligencia vino á ser deprimida bajo el delectéreo influjo del sensualismo y del materialismo, constituye una verdadera gloria de la teología católica, gloria que no podrán negarle ni aún sus más acérrimos enemigos. «Theologus, ergo et philosophus» era el axioma de la Escuela. La famosa encíclica de León XIII «*Aeterni Patris*» de 2 de Agosto de 1879, saludada con reverencia hasta por los menos afectos al Pontificado, añadió un nuevo florón á esta corona de gloria, y forma época en la historia del estudio de la filosofía.

Para poder penetrar, mi querido Timoteo, con pie seguro en las profundidades misteriosas de este fecundo tema, sepamos ante todo, ¿qué se entiende por filosofía? En mi primera carta indiqué ya algo sobre las diferentes acepciones de esta palabra, que ahora me propongo explicar con más extensión y con una explicación más amplia de su verdadero sentido, tomando por guía la estrella luminosa de la filosofía, Santo Tomás de Aquino. «*Illa scientia, dice el santo Doctor, est maxime intellectualis, quae circa principia*

(1) Del «Timoteo» de Francisco Hettlinger.

maxime universalia versatur. Quae quidem sunt ens, et ea, quae consequuntur ens, ut unum et multa, potentia et actus.» (1) Según esto la filosofía es la ciencia del ser, ya exista éste en el dominio de la realidad ó bien solamente en el misterioso mundo de lo posible, pues á todos se extiende su vista perspicaz é indagadora. Del conocimiento de los particulares se remonta á la noción de lo universal; por medio de los fenómenos, penetra en lo íntimo de la esencia, lo universal. Sin embargo, un conocimiento completo y perfecto de esta esencia presupone el conocimiento de sus causas últimas (2). De aquí que muchos definieron la filosofía como «el conocimiento de las cosas por sus últimas causas». Ahora bien, como todo lo que existe, es ó finito ó infinito, ó divino ó humano, añadieron que la filosofía era también «la ciencia del conocimiento de las cosas divinas y humanas». (3) Un conocimiento exacto de las últimas causas, implica necesariamente el conocimiento de la finalidad de las cosas, y se designa con el nombre de sabiduría, que cuando procede de los esfuerzos de la razón natural, se denomina sabiduría natural ó universal, (4) para distinguirla de aquella que trae su origen de la revelación y que se denomina teología.

Por esta breve exposición comprenderás fácilmente, mi querido Timoteo, la distinción esencial que entre la filosofía y la teología existe, distinción que también apunté

(1) In libros Metaphys. Proemium.

(2) Aristot., Metaph. I, 2. Thom., Quaest. disp. De potentia q. 1, a. 4.
«Est duplex sapientia; scilicet mundana, quae dicitur philosophia, quae considerat causas inferiores, scilicet causas creatas, et secundum eas indicat; et divina, quae dicitur theologia, quae considerat causas superiores, i. e. divinas, secundum quas indicat.»

(3) Cleero, Tuscul. disp. V, 3. «Sapientiam quidem ipsam quis negare potest non modo re esse antiquam, verum etiam nomine? quae divinarum humanarumque rerum tam initiorum causarumque rei cognitione hoc pulcherrimum nomen apud antiquos adaequebatur.»

(4) Thom., Contra gent. I, 1. «Nomen simpliciter sapientiae illi soli reservatur, cuius consideratio circa finem universi versatur, qui est etiam universalitatis principium. Unde secundum Philosophum sapientiae est causa altissima considerare.»

en mi primera carta. Esta distinción estriba sobre todo en la diversidad de principios de donde las conclusiones de una y otra se derivan. Los de la filosofía como los de las matemáticas, son naturales; su certeza es, por consiguiente, puramente natural, y su conocimiento lo adquirimos inmediatamente con el solo auxilio de la razón; mientras que la teología estriba, cual sobre incommovibles columnas, en los principios de la sobrenatural revelación, de los cuales se deriva en armónicas conclusiones toda la ciencia teológica. Hay otra diferencia, y resulta de la diversidad de objeto en ambas ciencias. «Existen sin duda, dice León XIII, muchas verdades cuyo conocimiento los mismos paganos, guiados por la luz de la natural inteligencia, pudieron muy bien adquirir; más el objeto de la teología es Dios no sólo en cuanto por las fuerzas naturales de la humana inteligencia puede ser conocido, sino sobre todo en cuanto que, mediante la divina revelación, Él mismo á nuestra razón se manifiesta.» De aquí se deduce también que los grados de certeza en ambas ciencias son muy distintos. Allí la certeza es el resultado de una investigación y evidencia propia, mediata ó inmediata; mientras que aquí es el fruto de la fe. Allí es natural y humana, aquí sobrenatural y divina; allí por consiguiente, cual todo humano conocimiento, falible, aquí, como procedente de las eternas fuentes de la verdad, infalible, pues en sus principios supremos participa de la infalibilidad misma de Dios. Ciertamente esto no puede aplicarse á todas las conclusiones teológicas, deducidas muchas de ellas mediante el auxilio de la dialéctica; más con todo, siempre la ciencia teológica, por lo que á los grados de certeza respecta, es superior á la filosofía por la certeza divina de sus principios.

La filosofía, pues, cuyos principios son cuasi innatos á la razón, tiene sus fronteras allí donde el horizonte de la misma razón se termina. Que aunque es cierto que la fe y los conocimientos que de ella proceden, necesitan de la

razón puesta á su servicio, pues, como decía San Agustín, «si no poseyéramos almas racionales no podríamos creer» (1) tampoco es menos cierto que el principio lleno de energía y fecundidad de la fe y de la ciencia que de la fe procede, proviene principalmente de la gracia, que ilustra la inteligencia y mueve la voluntad al asentimiento de sus principios, pues, como en otra parte añade San Agustín (2), «el hombre no puede creer sino queriendo.» Siendo diferente el punto de partida de ambas ciencias, también debe de ser diferente su respectivo fin. Ambas tienden al conocimiento de Dios como suprema verdad y principio universal de todas las cosas; pero en diferente manera: la una de un modo mediato y por la abstracción, mientras que la otra procede de una manera inmediata y directa. Esta última, la teología, alcanza su fin aquí de una manera incompleta, y sólo llegará á poseerlo perfectamente al contemplar á Dios cara á cara en la otra vida. (3)

Según estos principios han determinado los santos Padres desde la antigüedad, y la Iglesia en los últimos tiempos, sobre todo en el Concilio Vaticano, los puntos de contacto y de separación que entre la filosofía y la teología existen (4).

Esto te explicaré también, mi caro amigo, por qué la filosofía y la teología, aunque diferentes, no son sin embargo ciencias opuestas entre sí. Nuestra inteligencia, en efecto, como verdadera imagen y reflejo de la inteligencia divina, no puede oponerse á Dios; y por esto la razón y la revelación, la filosofía y la teología, son entre sí distintas pero no opuestas.

Por aquí comprenderás además, cómo ha podido la Iglesia de Jesucristo utilizar maravillosamente todos aquellos elementos de verdad y moralidad que en el mundo paga-

(1) Ep. CXXX, ad Consentium, c. 1, 3: «Credere non possemus, si animas racionales non haberemus.»—(2) In Io. tract. 26, 2: «Credere non potest homo nisi volens.»—(3) Theom., S. Theol. I, q. I, a. 1.—(4) De fide cath. capp. 2, 3, 4.

no se encontraban, poniendo así al servicio del Cristianismo los ricos tesoros de la ciencia antigua.

Muy de otra manera raciocina sobre este particular el luteranismo. Según Lutero, la humana inteligencia, después de la caída de nuestros primeros padres, ha quedado tan ofuscada é impotente para comprender las cosas de Dios, que apenas puede llegar á conocer las más fundamentales verdades. Sus esfuerzos son del todo inútiles, pues al pretender hacer ver que todavía puede algo, no hace más que añadir, con cada esfuerzo, un nuevo eslabón á la cadena de sus errores. Impotente por sí misma para conocer y amar á Dios, sólo sabe oponer á sus enseñanzas dudas y objeciones; es su mayor enemiga, y tanto más peligrosa, cuanto más ilustrada é instruída.

En esta hipótesis absurda, claro está que ni se comprende la vida de la antigüedad, ni pueden aceptarse como verdaderas las virtudes naturales del paganismo, que según Melancthon no son más que «brillantes vicios». La concepción é idea del mundo en el protestantismo está, por regla general, completamente pervertida. Según ésta, el pecado de Adán de tal manera ha contaminado á todo el género humano, que la misma gracia de Jesucristo es impotente para salvarnos y libertarnos de la esclavitud en que nos tiene esta naturaleza pecadora. Por consiguiente, aun después de la Redención, el hombre permanece en pecado, y sólo exteriormente se le aplican los méritos de Jesucristo según la medida de su fe, y de este modo aparecen como remitidos y perdonados sus pecados.

Muy diferente se nos presenta el plan divino según la concepción y exposición de la Iglesia católica. Según ésta, desde su creación está la naturaleza siempre dispuesta para la gracia, como su base y condición necesaria, pues según el axioma teológico «la gracia supone á la naturaleza», y por lo tanto no la destruye, sino que la completa y perfecciona; y unidas de este modo, en estrecho y amigable lazo, tienden al fin de todas las obras de

Dios; que es su gloria y honra y la felicidad de la creatura.

¿Mas ¿por qué estudiamos filosofía? La contestación á esta pregunta, nos la da el mismo Santo Padre en uno de sus famosos escritos. «Porque bajo el velo de la ciencia y por medio de vanas sutilezas (1), dice aquél, «son con frecuencia inducidas en el error las almas cristianas y turbada la pureza de la fe; por eso en todo tiempo han considerado los supremos pastores de la Iglesia como un deber principalísimo fomentar con toda energía el progreso de la verdadera ciencia, según la norma suprema de la fe católica, la filosofía sobre todo, de cuyo progreso depende en gran parte el estado de las otras ciencias.» Y más adelante, tratando del modo de fomentar el estudio de la filosofía católica, añade: «La gravedad del tema y el actual estado de cosas, Nos obligan á tratar con vosotros el modo y manera de promover activamente los estudios filosóficos, de forma que estando en perfecta armonía con el dón de la fe, respondan al propio tiempo á la dignidad de las ciencias humanas. El que atentamente considere el actual estado social y la manera de ser de la vida tanto pública como privada, reconocerá fácilmente que el verdadero origen de los males que nos aquejan y de aquellos que son de temer, no es otro sino las doctrinas corruptoras acerca de las cosas tanto divinas como humanas, doctrinas que, introducidas primero en las cátedras y escuelas filosóficas, han invadido todas las esferas de la sociedad, encontrando, por desgracia, fácil y general aceptación. Siendo propio de nuestra naturaleza el tomar á la inteligencia por guía de nuestras acciones, fácilmente un error del entendimiento ocasiona una falta en la voluntad, y las falsas opiniones que tienen su asiento en el entendimiento, influyen en las acciones humanas y las corrompen... No pretendemos con esto dar á entender que sea tan grande el influjo de la filosofía, que ella, por sí sola,

(1) Col. 2, 8.

sea suficiente para vencer y extirpar todos los errores; mas no debemos prescindir del empleo de medios naturales, ni mucho menos despreciarlos, y entre éstos, el más excelente, sin duda, es la filosofía. En efecto, no en vano infundió el Creador en el humano espíritu la luz de la razón, que, muy lejos de ser destruída ó atenuada por la luz de la fe, queda por el contrario habilitada y perfeccionada por ella para poder ocuparse de objetos más elevados y sublimes. El mismo plan instituído por la divina Providencia, exige pues que llamemos en nuestro auxilio á la ciencia humana para atraer los pueblos de nuevo á la fe y á la salvación; sabio y laudable método que, según el testimonio de la antigüedad, emplearon con frecuencia los santos Padres. Perfectamente reconocieron aquellos, sobre todo San Agustín, todo el valor de la inteligencia, pues éste no vacila en afirmar que mediante la verdadera ciencia se engendra, se nutre, se defiende y corrobora la salubérrima fe que conduce á la verdadera felicidad» (1).

De tres maneras, según explica León XIII, sirve la filosofía como preparación para la teología. Primeramente preparando y allanando el camino que á la fe conduce, mediante el conocimiento de aquellas verdades que en parte han sido propuestas por Dios como objeto de nuestra fe, y en parte están con ésta estrechamente unidas, y las cuales los mismos paganos pudieron, mediante la luz natural, probar y defender. Además, nos facilita en gran manera el conocimiento de la existencia divina y de un modo análogo el de su esencia, puesto que nos hace reconocer al supremo Ser como el más veraz de todos los seres, y mueve por lo tanto á la inteligencia á reconocer la obligación de asentir á las verdades reveladas por Dios, principio supremo de autoridad y veracidad. Prueba finalmente que la verdad evangélica ha sido evidenciada por signos maravillosos; que los creyentes, por consi-

(1) De Trinit. XIV, 3: «Hinc scientiæ tribuens... quò fides saluberrima, quæ ad veram beatitudinem ducit, gignitur, nutritur, defenditur, roboratur.»

guiente, mediante una racional obediencia deben someter su juicio á la autoridad divina, y que la Iglesia instituída por Jesucristo, en sí misma considerada, en su expansión admirable, en su sublime santidad y en la inagotable fecundidad de su seno, lo mismo que en su unidad y fortaleza insuperables, constituye uno de los más poderosos motivos de credibilidad y un signo evidente de su origen divino (1).

La filosofía pone así el fundamento de la teología, mas su misión no termina con esto. En efecto, las diferentes partes de la teología, si ésta ha de ser verdadera ciencia, deben constituir un todo orgánico, deben ser clasificadas según los rectos principios que se derivan de las supremas y primordiales verdades que le sirven de fundamento, y que constituyen su primera base científica y deben guardar entre sí la conveniente dependencia. «Ni debe descuidar tampoco, añade el Papa León XIII, aquel más preciso y más extenso conocimiento de las verdades en la revelación contenidas y, en cuanto sea posible, debe procurarse una más profunda penetración de los mismos misterios de la fe, penetración que alaban San Agustín y otros santos Padres, y que el mismo Concilio Vaticano declaró altamente fructuosa (2). Ahora bien, este singular conocimiento y penetración de las verdades reveladas, podrán ciertamente adquirirlo más segura y fácilmente aquellos que, á la pureza de vida y celo por la fe, unen un conocimiento más profundo de la filosofía; y el mismo Concilio enseña que esta penetración de las divinas enseñanzas debe ser como el resultado de la consideración de las analogías entre estas verdades y los conocimientos adquiridos mediante la luz de la razón, y del concierto armónico de los misterios entre sí y con el último fin del hombre.» Finalmente enseña el Padre Santo que es deber de la filosofía la defensa de las verdades por Dios revela-

(1) Cf. Conc. Vatican. Constit. dogm. de fide cath. cap. 3.

(2) Conc. Vatic. I. c. cap. 4.

das, haciendo frente á aquellos que se atreven á atacarlas. A este propósito notaba ya con razón Clemente de Alejandría (1): «Aunque es cierto que la divina verdad, completa y perfecta en sí misma, no necesita de apoyo alguno extrínseco, siendo la fuerza y sabiduría de Dios, y por consiguiente no puede recibir nueva virtud por el apoyo de la filosofía griega, con todo, se la ha considerado con razón cual cerca útil y muro conveniente que resguarda la viña del Señor, pues con su auxilio y por su medio se rechazan y combaten victoriosamente las sutiles objeciones que los sofistas oponen á la verdad.»

Añádase á esto que, en general, todos los enemigos del nombre católico han procurado siempre templar sus armas en la filosofía para combatir á la religión, lo cual indica bien claro la necesidad de combatirlos con las mismas armas que ellos emplean contra nosotros. Por eso la Iglesia, en su alta previsión, no se ha limitado á aconsejar, sino que repetidas veces ha ordenado á los profesores y doctores eclesiásticos el empleo del método filosófico en la refutación de las objeciones y en la defensa de la verdad revelada. En efecto, después de haber declarado el quinto Concilio general Lateranense que toda proposición contraria á la fe revelada debía de ser considerada como falsa, pues la verdad no puede ser opuesta á la verdad (2), ordena á los profesores de filosofía ocuparse con todo celo en la solución y esclarecimiento de las objeciones sofísticas contra ella propuestas, pues, como afirma San Agustín, toda proposición que se opone á principio de autoridad de las Sagradas Escrituras, cualquiera que sea su apariencia científica, nunca podrá ser verdadera.

(1) Strom. I, 20.—(2) Concil. Lateran. Sess. VIII, Const. *Apostolici regimini* (Mansi, Concilia IX, 1719 sq.)

II

LA FILOSOFÍA DE SANTO TOMÁS. (1)

En los escritos ya varias veces citados, se lamenta con frecuencia León XIII de que «al antiguo método ha reemplazado cierta manera nueva de filosofar, que no ha producido aquellos saludables frutos que de ella se esperaban... Una de las más inmediatas consecuencias ha sido la multiplicación inconveniente de sistemas filosóficos, con tendencias diversas y opiniones encontradas hasta en aquellas cuestiones que son de mayor trascendencia para el humano saber. Este cúmulo de opiniones y maneras de ver tan distintas y contrarias nos conduce con frecuencia á la incertidumbre y á la duda, y sabido es, que de ésta al error hay muy corta distancia.» Al recomendar el Padre Santo con tanta insistencia la antigua filosofía, se refiere sobre todo á la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Éste fué quien, como dice el mismo Pontífice, reunió en armonioso conjunto, como en perfecto y bien ordenado cuerpo, los dispersos miembros de las doctrinas escolásticas, completándolas y perfeccionándolas de tal modo que con razón es considerada su obra como tesoro y ornamento á la par de la Iglesia... Apenas hay cuestión filosófica que no tratara con verdadera perspicacia y acierto admirable. Sus investigaciones sobre las leyes del conocimiento, sobre Dios y las substancias espirituales sobre el hombre y los otros seres corpóreos, sobre las acciones humanas y sus principios, son de tal índole que en ellas no solamente se manifiesta una ciencia copiosísima hermosamente dispuesta, sino también un método perfecto, solidez y firmeza en sus argumentos, claridad y precisión de lenguaje tales, que esclarecen hasta los más oscuros problemas. Añádase á esto que el Doctor Angélico

(1) Hettinger: Timoteo ó carta á un joven teólogo, pág. 186.

deduce sus conclusiones de los principios íntimos de la cuestión, principios que son de la mayor trascendencia y encierran en su seno un número casi infinito de verdades que en las edades sucesivas pueden desenvolverse prodigiosamente según las necesidades de la época. Con este método rigurosamente filosófico empleado en la refutación de los distintos errores, logró por sí solo deshacer todas las falsedades y opiniones erróneas de los tien.pos anteriores y legar á la posteridad un verdadero arsenal de bien templadas armas, para combatir las que aparecer pudieran en los siglos venideros. Estableciendo perfecta distinción entre la ciencia y la fe, y uniéndolas al mismo tiempo en estrecho y amigable lazo, defendió con valentía sus derechos respectivos, de suerte que difícilmente se elevará la razón humana á mayor altura, y la fe no podrá exigir de la razón más firmes y adecuados argumentos que los que el Angélico aduce.»

Y ¡cosa singular! después de tantos siglos de olvido y hasta de rudos ataques á la doctrina de Santo Tomás por parte del protestantismo, ha venido á confesar un protestante, célebre profesor de derecho, que nunca podrá lamentar bastante la ignorancia de las obras del gran teólogo. «La reconvenção que yo me hago, dice este jurisconsulto, de haber desconocido durante largos años las obras de este hombre insigne, deben con mayor razón hacérsela aquellos filósofos y teólogos protestantes que sistemáticamente han rehusado utilizar los grandes pensamientos que en los libros de tan ilustre sabio se encuentran. Al observar atentamente este singular fenómeno, me admiro y pregunto con frecuencia: ¿Cómo es posible que nuestra ciencia protestante haya podido echar en olvido, después de haber sido expuestas, tan profundas verdades? Por cierto que no existirían tantos errores si sobre ellas se hubiera meditado. Por lo que á mí toca, afirmaré sin reparo, que tal vez no correría impresa mi obra de haberlas antes conocido, pues los pensamientos fundamentales que

en ella explano, se encuentran ya formulados por aquel egregio filósofo de la manera más exacta y expuestos con incomparable claridad.» (1)

En otra publicación (2) dejo indicado el lugar que Santo Tomás ocupa en la historia de la Iglesia de Europa y de la ciencia europea. Su aparición en la Edad media fué verdaderamente maravillosa, como lo fué, aunque quizás no tan claramente, la de Orígenes contra Celso, la de San Atanasio contra los arrianos y la de San Agustín contra los maniqueos, donatistas y pelagianos. Cual faro luminoso resplandece en la noche de los tiempos y rasga con los fúlgidos destellos de su ingenio el negro manto que envuelve á los siglos subsiguientes. La Providencia no le otorgó tantos años de vida como á su gran maestro y hermano en religión, Alberto Magno; pero en el período relativamente corto de su magisterio, esparció tan copiosa y fecunda semilla científica, que bien pronto produjo óptimos frutos, de los cuales se nutrieron abundantemente las posteriores generaciones. A medida que nos vamos alejando de él, parece mayor y cada vez campea y resalta más su gigantesca figura.

Examinemos ahora, mi querido Timoteo, los rasgos principales de su sistema. Estos se echan de ver sobre todo en su famosa Suma teológica, último y más sazonado fruto de su clara inteligencia, si bien el Santo no tuvo la dicha de verla concluída; pues cuando ya tocaba á su término, artículo 4 de la cuestión 90 de la tercera parte, le sorprendió la muerte en el camino de Lión, adonde se dirigía para asistir al Concilio que en aquella ciudad debía celebrarse, y al cual le había invitado Gregorio X. Muchos de sus contemporáneos atribuyen su muerte á criminales maniobras de Carlos d' Anjou, quien, temiendo que le delatará ante el Concilio, le hizo propinar un veneno lento

(1) R. v. Ihering. «Der Zweck im Rechts» vol. I, pref. (ed. 2 1884).

(2) «Thomas von Aquin und die europaische Civilisation» (Santo Tomás de Aquino y la civilización Europea). Frankfurt 1886.

que le acabó la vida (1). La Suma teológica, uno de los monumentos más grandiosos de la inteligencia, quedó pues incompleta, como la catedral de Colonia, obra la más sublime del arte arquitectónico de aquella época. A los tiempos posteriores está reservado el honor de darle gloriosa cima y poner a su bóveda la clave.

Lo primero que hace Santo Tomás, es establecer sólidamente los derechos y fueros de la ciencia. «El apetito y deseo de saber, dice con Aristóteles, es connatural á todo hombre» (2). Pero ¿cuál es la esencia verdadera de la ciencia? Esta consiste según el santo Doctor en la adecuación del entendimiento con las cosas (3); de donde se deduce que debe representar al mundo real espiritual é inmaterialmente, viniendo á ser de este modo el entendimiento como limpio espejo en el que todas las cosas se reflejan (4). Ahora bien, ¿cuál es el procedimiento por el que llega el hombre á conseguir este conocimiento del mundo exterior y la adquisición de la ciencia en general? Quinientos años después de Santo Tomás, ha presentado Kant de nuevo esta cuestión, aunque en forma mucho menos clara. ¿Cómo pueden darse juicios sintéticos á priori acerca de aquellos objetos que caen bajo el dominio de la experiencia? Ó con otras palabras: ¿Cómo es posible que la conciencia propia, el yo, pueda conocer algo distinto de sí mismo? La respuesta que da el filósofo alemán, sin duda que no te será desconocida. Nosotros, dice, no conocemos las cosas en sí mismas sino solamente en cuanto representadas por las formas subjetivas é innatas, que él titula «categorías». Con este principio, base fundamental de todo su sistema filosófico, fundó el idealismo subjetivista, y relegó la ciencia á la categoría de puras representaciones subjetivas, dando así la filosofía, con él, un paso peligrósísimo.

(1) Varios antiguos comentaristas de la Divina Comedia del Dante (Purgatorio XX, 63) entre ellos Benvenuto da Imola, Ottino o Francesco da Buti. Pietro el Dante, lanzan esta acusación contra Carlos 4.º de Anjou.

(2) *Metaphys.* I, 1-43. S. th. I, 26, a. 1: «Veritas est adequatio rei et intellectus». Cf. Aristot., *Metaphys.* VI, 4.-(4) Aristot., *De anima* III, 8.

También Santo Tomás toma como punto de partida la experiencia, pero no se detiene en ella, puesto que es un principio constante de su sistema que la ciencia tiene por oficio conocer la esencia de las cosas, lo cual sólo puede conseguirse mediante el auxilio de la inteligencia (1). Cierto que todo conocimiento comienza por la experiencia sensible (2), pero ésta, por sí sola, ni es la única ni siquiera la principal causa (3) de nuestros conocimientos. Su factor principal es el entendimiento (4).

Hasta aquí convienen Santo Tomás y la antigua escuela filosófica con Kant en hacer derivar el conocimiento de la experiencia sensible, como en afirmar que esta experiencia no constituye lo esencial, necesario é indispensable, en nuestra ciencia. Pero aquí comienza también la divergencia entre ambos. En efecto, según la teoría de Kant, el conocimiento se determina y fija por las formas apriorísticas existentes en nuestro entendimiento, mientras que según Santo Tomás es determinado por las mismas cosas existentes fuera de nosotros. Por eso conocemos en las cosas no solamente cierto orden subjetivo de los fenómenos de las cosas, sino que, por virtud de la inteligencia, penetramos hasta su misma esencia y las conocemos de un modo muy superior al que los sentidos alcanzan. Partiendo de este principio, establece que el conocimiento de los objetos proviene de la aprensión de los sentidos, y que las cosas materiales se perciben por la inteligencia de un modo inmaterial (5). Porque tales cosas,

(1) S. th. q. 78, a. 3: «Natura sensibilium qualitatium cognoscere non est sensus, sed intellectus.»

(2) Omnis cognitio incipit a sensibus: es axioma de la Escuela.

(3) S. th. I, q. 84, a. 5: «Non potest dici quod sensitiva cognitio sit totalis et perfecta causa intellectualis cognitionis; sed magis quodammodo est materia causae.»

(4) Ib. q. 85 a. 1: «Intellectus noster intelligit materialia abstrahendo a phantasmatibus, et per materialia sic considerata in immaterialium aliqualem cognitionem devenimus.»

(5) *Quaest. disput.* De veritate q. 8, a. 11 ad 3: «Forma lapidis in anima est longe alterius naturae quam forma lapidis in materia; sed in quantum representat eam, sic est principium dicens in cognitionem eius.»

como contingentes y mudables, no pueden servir de base al verdadero conocimiento científico, y por eso Santo Tomás exige un segundo principio cognoscitivo, más alto y sublime, á saber, el entendimiento, que, en el objeto particular y material, sorprende lo universal y permanente, su verdadera esencia (1). Este principio superior, como lo prueban sus actos diferentes, no es un principio corpóreo material, sino una fuerza puramente inmaterial y espiritual (2). Como el entendimiento está ligado con el cuerpo en unidad de vida, el objeto de su conocimiento es lo inteligible, universal y necesario que en las cosas particulares y sensibles existe, pero no á la manera que en ellas existe, sino de un modo absolutamente inmaterial (3). La esencia de las cosas, que nosotros con una representación universal concebimos, existe sí en esas mismas cosas, pero rodeada de circunstancias materiales y accidentales; de estas circunstancias prescinde el entendimiento: he ahí el oficio de una segunda manifestación de la inteligencia, que se llama «abstracción». De este modo adquirimos, p. ej., la idea de «hombre» por medio de la abstracción de aquello que observamos común á todos los hombres, y la idea de ser, por la abstracción de aquello que es esencial en todos los particulares seres. Las impresiones de los sentidos obran sobre la fantasía; á su vez las imágenes de ésta excitan al entendimiento á ejercitar su eficacia propia (4), y de este modo llega á percibir las esencias de las cosas, actuado y fecundado por las impresiones del mundo exterior; resultando de aquí que la percepción ó impresión sensible es el prin-

(1) I, q. 57, a. 1 ad 2: «Intellectus solus apprehendit *essentias rerum*.»

(2) Contra gent. II, 66: «Contra ponentes intellectum et sensum esse idem.»

(3) I, q. 85, a. 1: «Intellectus humanus melius modo se habet fateri sensum et intellectum angelicam; non enim est actus alicuius organi, sed tamen est quaedam virtus animae, quae est forma corporalis... Et ideo proprium eius est cognoscere formam in materia quidem corporali individualiter existentem, non tamen prout est in tali materia.»

(4) De anima III, 12: «Phantasmatæ se habent ad intellectivam partem animæ, sicut sensibilia ad sensum. Unde sicut sensus movetur a sensibilibus, ita intellectus a phantasmatibus.»

cipio originario de la idea que en el entendimiento constituye el objeto último del proceso intelectual. La abstracción precede al conocimiento en orden de naturaleza, puesto que sólo por su acción llegamos al verdadero conocimiento; y por consiguiente el análisis ó sea la separación de la esencia de sus propiedades individuales, es el primer acto de nuestra inteligencia, y no un acto sintético ó sea la unión de un juicio apriorístico con un objeto experimental, como afirmó Kant (1).

De acuerdo con la teoría de Santo Tomás canta el Dante

Coal parlar conviensí al vostro ingegno,
Perocchè sólo da sensato apprende
Chè che fa poscia d' intelletto degno. (2)

Esto te indica bien claro que no ignoró Santo Tomás el error principal del hoy tan decantado sistema kantiano, sobre la teoría del conocimiento (3); el Angélico Doctor lo enumeró entre las diferentes falsas teorías, refutándolo al propio tiempo. Todo el sistema filosófico de Kant estriba en este fundamental error. En efecto, ni existen ni pueden existir los tales juicios sintéticos á priori; es decir, juicios que no proceden de la idea misma de la cosa (juicios analíticos ó explicativos), ni tampoco de la experiencia, sino de formas ingénitas, y que son revestidos, por consiguiente, de aquel carácter de universalidad que la ciencia reclama; ni podrán nunca probarlo todos los ejemplos que

(1) Este proceso de nuestra inteligencia, lo describe S. Agustín en su tratado «De Trinitate» por las siguientes palabras: «Cum incipimus a *specie corporis* et pervenimus usque ad *speciem* quae sit in *contuitu cogitantis*, quatuor species reperiuntur, quasi *gradatim* natae altera ex altera, secunda, quarta de tertia. A *specie quippe corporis*, quod *cernitur*, exoritur ea, quae fit in *sensu* cernenti; et ab hac ea, quae fit in *memoria* (fantasía); et ab hac ea, quae fit, in *actu cogitantis*.

(2) Así hay que hablar al alma inteligente,
Pues mediante el sentido, entiendo todo
Lo que digna después hace la mente.
(Parad. IV, 40 y sgs.)

(3) «Kritik der reinen Vernunft. (Crítica de la razón pura). Obras compl. Leipzig 1838, vol. II, p. 31 y sgs.

Kant á este fin presenta. Destruye este primer principio, cae por la base su idealismo trascendental con sus ideas innatas del espacio y del tiempo, con sus categorías conaturales al juicio, con sus conceptos subjetivos del yo, de Dios y del mundo, y con su distinción entre lo *noumenon*, la cosa considerada en sí, y el fenómeno ó apariencia de la misma.

La famosa teoría de Kant, celebrada por muchos como un gran descubrimiento y como la clave mágica para explicar los arcanos de nuestros pensamientos, fué recibida por los hombres verdaderamente ilustrados con cierta frialdad y desconfianza. Así que, poco después de su aparición y hablando sobre la novedad del sistema, decía Goethe no sin alguna ironía: «Examinando la obra detenidamente, he podido descubrir, que en ella se renueva el sempiterno problema de saber en qué medida concurrimos nosotros y concurren las cosas que nos rodean, á la perfección de nuestro ser intelectual.»

En medio de la actual anarquía filosófica, cuando los verdaderos pensadores suspiran por un seguro guía en éste caos oscuro de erróneos sistemas, cuando han caído en completo olvido lo mismo la filosofía de la identidad de Schelling que el panteísmo idealista de Hegel; en este crítico momento, digo, en que el pensamiento se halla en peligro inminente de ser arrastrado por la ola asoladora del materialismo y del pesimismo, muchos intentan volver sus ojos á Kant, y aclamarlo como salvador, olvidando que él es precisamente el verdadero padre de casi todos estos errores. En efecto, si hojeamos la historia de la filosofía moderna, observaremos bien pronto que la mayor parte de los falsos sistemas que combatimos, tuvieron en Kant su origen; un retroceso á su filosofía, resucitaría necesariamente los mismos errores, y quizá otros no menos peligrosos.

La especie sensible, dice Santo Tomás, no es el objeto directo (*principium quod*), sino el medio (*principium quo*) de

nuestro conocimiento sensible, mediante el cual llegamos á percibir el objeto, y no de un modo material como existe fuera de nosotros, sino en una manera inmaterial (1). En la percepción sensible conocemos el objeto individual de una manera inmaterial, y por medio del entendimiento, el cual adquiere por la abstracción la representación intelectual partiendo de las cosas individuales, conocemos con ayuda de esta representación la esencia misma de la cosa. Según esto, la forma ó especie inteligible está en el entendimiento, y el conocimiento es, ante todo, un proceso subjetivo é inmanente á nuestro espíritu; pero mediante la idea aprende el entendimiento la esencia de la cosa de la cual es una semejanza perfecta aquélla (2). La imagen de un objeto material en limpio espejo reflejada, no es el objeto mismo, pero sí una reproducción perfecta de éste (3). Así que, en cierto modo, nuestro entendimiento, puede decirse que es un segundo «todo» (4), en cuanto de un modo espiritual reproduce todas las cosas. De esto no vale deducir que nuestro entendimiento no conozca más que las impresiones subjetivas, como algunos han afirmado. Dos consideraciones rechazan esta afirmación. Primera: aquello que conocemos, y el objeto de la ciencia, son una misma cosa. Si, por consiguiente, solamente las representaciones subjetivas de la inteligencia fueran objeto de la ciencia, se seguiría que, acerca de las cosas del mundo exterior, no se daría ciencia posible, quedando ésta reducida á las ideas existentes en nuestro entendimiento (como dijo Kant). Se seguiría además que todo aquello que nos parece verdade-

(1) Quæst. disput. de veritate q. 2, a. 6: «Oportet, ut quælibet cognitio sit per modum formæ, quæ est in cognoscente.» S. th. I, q. 14, a. 6 ad 1: «sic solum cognoscentes cognoscit cognitum, secundum quod cognitum est in cognoscente.» Este mismo pensamiento lo repite Santo Tomás en muchos lugares.

(2) August., in Ps. CXXXIX. 15: «Quod dicimur eos in corde habere, de quibus cogitamus, secundum quandam imaginem dicimur, quam de illis habemus impressam.»

(3) Opuscul. 41: «Est tanquam speculum, in quo res cernitur.»

(4) «Anima est quodammodo omnia.» Cf. Aristot., De anima III, 8.

ro, lo sería en efecto, y también lo serían las contradicciones (como afirmó Hegel), dado que en este supuesto el entendimiento sólo podría juzgar sobre sus ideas, si tan sólo éstas conoce. Ahora bien, el entendimiento recibe estas impresiones ó representaciones según la forma en que es afectado; juzgaría siempre por tanto conforme á su propia impresión, tal cual ella es; de donde resultaría que todo juicio sería verdadero. Es preciso en conclusión sostener que la idea es respecto al entendimiento como el medio en el cual éste llega á conocer.

Cierto que esta misma idea puede ser también objeto de la actividad intelectual, una vez que el entendimiento puede reflejar sobre su propio acto; pero esto no es más que objeto secundario del conocimiento; lo que primeramente se conoce, es la esencia misma de las cosas (1).

Tienen, pues, nuestras ideas, no un valor meramente subjetivo, sino objetivo, y las leyes de la lógica y las categorías de la ontología no son sino las determinaciones reales de las cosas. En este sistema armónico, al orden ideal corresponde el real, á la lógica la metafísica, se concibe la ciencia como posible y conocemos verdaderamente el mundo real y existente.

Pero este mundo en sí considerado, ¿qué significa? Ante todo no es una cosa absoluta, pues en tal caso encontraría en sí mismo su suficiencia, lo cual no se verifica. La experiencia cotidiana por el contrario nos enseña y demuestra que todo en él aspira á perfeccionarse y suspira por un bien superior; el ser libre y consciente tiende á esta perfección consciente y libremente, y el que de libertad carece, de un modo natural y necesario (2). No es por consiguiente, bueno y perfecto por su propia naturaleza, y sólo llega á serlo mediante la participación finita y limitada de Dios, que es la bondad por esencia. De este modo

(1) S. th. a. q. 85, a. 3: «Species intellecta secundario est id quod intelligitur, sed id quod intelligitur primo, est res, cuius species intelligibilis est similitudo.»—(2) I, q. 6, a. 1 ad 2.

demuestra el mundo, irrefragablemente, la existencia de Dios. «Todo le ama, y amarle sobre todo es algo conatural en toda criatura, no sólo en la racional y viviente, sino también en la irracional y en en la inanimada, según la clase de amor ó tendencia de que cada una es capaz» (1). La misma inteligencia creada, aún poseyendo el mayor bien natural que hay en la tierra, es decir, la facultad de entender, remonta su vuelo hacia una inteligencia suprema é infinita que está sobre ella y de la cual brota toda luz intelectual, como toda luz física procede del sol (2).

I I I.

FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

Escribe el P. Sacrest:

Ponemos el título, no simplemente de Filosofía, sino más bien de Filosofía escolástica, porque después de las excitaciones pontificias al cultivo del escolasticismo, párecenos que no seríamos lo bastante reverentes y obedientes, si al hablar de la Filosofía cristiana, no la confundiésemos con la Filosofía escolástica, ó sea con la filosofía de Santo Tomás. Será bien aquí dejar que hablen en favor de la filosofía del Angélico mayores autoridades que la nuestra. «Su filosofía (la de Santo Tomás), escribe el esclarecido Tarino, (3) es divina en su origen, en cuanto que saca sus principios y conclusiones de la lumbre de la razón de Dios recibida en los hombres; es una y única en su forma, en cuanto que ordena todas las verdades debajo

(1) I. II, q. 109, a. 3: «Diligere Deum super omnia, est quiddam conaturale homini; et etiam cullibet creaturæ non solum rationali, sed irrationali et etiam inanimatæ, secundum modum amoris, qui unicuique creaturæ competere potest.»

(2) Quaest. disput. De spiritual. creaturis a. 10. S. th. I. q. 16, a. 6 ad 1: «Veritas prima est maior anima.»—I II, q. 109, a. 1 ad 2: «Solum corporalia illustrant exteriori; sed solum intelligibilia, qui est Deus, illustrat interiori. Unde ipsum lumen naturale animæ illustratum est illustratio Dei, qua illustratur ab ipso ad cognoscendum ea, quæ pertinent ad naturalem cognitionem.»

(3) Vide Morgades, 2.^a 1.^a 3.

de algunos principios supremos, los cuales reduce al primer principio de contradicción; es progresiva en su desarrollo, en cuanto que aplica á nuevos objetos sus principios y conclusiones para descubrir nuevas verdades, y es cristiana en su esencia, en cuanto que á *priori* y á *posteriori* demuestra que todas las verdades naturales y sobrenaturales viven en amigable consorcio y derivanse de una sola fuente que es Dios.»

Igualmente recomendaron y recomiendan tal filosofía los sumos Pontífices y Obispos. «Cuán bueno es, contestaba Pío IX á los diputados de la Academia Filosófico-Médica de Santo Tomás de Bolonia, cuán bueno es volver á las doctrinas inconcusas y saludables, y adherirse á Santo Tomas como centro de ciencia sincera, de unidad y de enseñanza.»

También la sagrada Congregación del Concilio escribió á un Obispo el día 4 de Junio de 1870: «Con gran satisfacción han entendido los eminentísimos Padres que ahí se estudian y siguen los pasos de Santo Tomás en la enseñanza de la Filosofía y Teología. Pues consta que la doctrina de tan santísimo y aventajadísimo Maestro es, no sólo sana, sino aptísima para aguzar los ingenios y descubrir y destruir los errores. Y no hay que temer mientras el clero se adhiera á tal doctrina, que siga las ideas de los católico-liberales (plaga la más perniciosa.) Y así el pueblo por tal clero instruido, guardará la antigua fe y la pureza de las costumbres. Y según el *Acta Sanctae Sedis*, la misma sagrada Congregación del Concilio, siempre que se le proporciona ocasión de tratar con los señores Obispos sobre la dirección de los estudios en los Seminarios, con palabras gravísimas y solemnes exhorta é inculca el seguimiento de la filosofía del Angélico. Para corona de este punto, he aquí lo que el sabio Pontífice León XIII escribía el año 1878 al Obispo y clero Liciense: «Deseamos que en los Seminarios se introduzcan las Instituciones filosóficas de San Severino, gloria del clero

napolitano, el cual procuró reducir eficazmente las doctrinas filosóficas á la verdadera, segura y perfecta norma, cual es la tomista.»—«Deseamos que en todo se siga el mismo método y la misma doctrina de Santo Tomás.»—Repetidísimas veces ha inculcado lo mismo. Pero de una manera solemne y gravísima lo ha hecho en la Enciclica *Aeterni Patris*, del 4 de Agosto, fiesta de Santo Domingo, de 1879. Y en letras mandadas el 4 de Agosto de 1880, para más obligar al seguimiento de la doctrina del Angélico, lo declaró Patrono de todas las Universidades, Academias, Liceos y Escuelas católicas. Dice así: «Nós, á gloria de Dios Omnipotente y honra del Doctor Angélico, para acrecentamiento de las ciencias y común utilidad de la sociedad humana, con nuestra suprema autoridad, declaramos al Doctor Angélico, Patrón de los Estudios de las Universidades, Academias, Liceos y Escuelas católicas, y como tal queremos que sea habido, venerado y respetado.»

No creemos pueda añadirse más para recomendación de la doctrina, mayormente de la filosofía del angélico Maestro. Pero como tantos años pasaron en que la doctrina de Santo Tomás no fué por ventura tenida en toda la consideración que merecía, acaso por ignorancia, de aquí que todavía nos detengamos un poco más para indicar los caracteres de la filosofía escolástica. Tres son las cosas que hay en ella que distinguir: El lenguaje, la forma y el fondo. El lenguaje no es otra cosa que, una colección de vocablos adoptados para expresar con propiedad los pensamientos. La importancia de un buen tecnicismo sólo la ignora, el que no haya saludado las ciencias. Como toda facultad, tiene la filosofía escolástica su tecnicismo propio. Consiste en fórmulas abreviadas que contienen grandes ideas y grandes distinciones, fijando en una sola palabra las más sutiles diferencias del pensamiento. A la manera que las fórmulas algebraicas facilitan y abrevian la solución de los problemas, el tecnicismo escolástico resuelve en una sola palabra, y á veces en una sola letra

las más graves é intrincadas cuestiones. Los términos *Quo, Quod y A quo* que no se diferencian más que en una letra, expresan tres grandes pensamientos diferentes que es impotente á expresar nuestra lengua sin grandes perfrascos y sin gran perjuicio de la propiedad filosófica. A parte del uso excesivo que algún entusiasta haya hecho de esa terminología, y cuyo abuso tan altamente reprobacion los escolásticos sensatos, y entre otros Melchor Cano, es indudable que el tecnicismo escolástico es de los mejores tecnicismos que poseen las escuelas.

Como el lenguaje de filosofía cristiana sirve maravillosamente á la causa de la religión, consignando las más delicadas distinciones en los misterios de la fe, cuando la herejía pareció envolver en sus tenebrosidades la verdad católica, una palabra, no sin particular instinto dictada difundió la luz en las cuestiones, la claridad en los conceptos, la paz y tranquilidad en los pueblos cristianos. Que lo digan sino los Concilios de Nicea, de Éfeso, de Constantinopla, de Constanza y de Letrán. Por eso es que la herejía y la impiedad han, con cinismo, denigrado ese lenguaje clásico de la Filosofía católica. «No puedo asociarme, dice el célebre P. Ráulica en su libro de la *Razón filosófica*, no puedo asociarme á los sarcasmos estúpidos con que se ha querido ridiculizar y desacreditar el lenguaje escolástico. Es falso, prosigue, que sea ininteligible. Toda ciencia tiene su lenguaje propio que es necesario aprender antes. No es ciertamente agradable el lenguaje de la Química moderna, pero tampoco es ininteligible, sino á los que son extraños á la ciencia. ¿No es mas ininteligible el lenguaje de nuestros panteístas modernos? ¿Qué es eso del *yo* y del *no yo*, del *inmanente* y *absoluto*, del *noumena* y del *fenomena*, de la *x* de Kant y de la *A* de Fichte, del *mundo fenomenal* y de la *producción inconsciente y espontánea*, del *ritmo trilogico*, de la *tésis* y *antitésis* y de los momentos *orgánicos*, *químicos* y *mecánicos*? Y, sin embargo, los que para el tecnicismo escolástico no guardan más que una risita, se

saborean y extasian al oír estos y otros semejantes nombres:» al escuchar el siguiente pasaje con otros de igual tenor (1): «El espíritu humano, dice el Panteísmo Hegeliano, es á la vez el hijo y el rey, el principio y el término de la naturaleza, no ya porque la *idea* que constituye el fondo, es una idea independiente, es una realidad racional; sino principalmente porque la coalición de la idea es una aspiración constante y permanente á transformarse en espíritu... cada forma de la naturaleza es como un paso en la marcha ascendente y progresiva de la *idea* hacia la conciencia y libertad. El espíritu divino y humano representan la última evolución de la idea y el término final de la aspiración á la realidad concreta, perfecta y consciente que palpita y se revela en el fondo de la naturaleza y al través de sus formas.»

Ya que no sea ininteligible, ¿cabe algo más oscuro en los misterios del error? ¿Hay lenguaje más enigmático, alambicado y misterioso? ¡Y, sin embargo, esos misterios del error son adorados con sumo respeto! ¡Y la sabiduría de nuestro siglo descubre su frente ante esos nombres tenebrosos! ¡Sólo el desdén se guarda para nuestro tecnicismo! Pero esta es precisamente una gloria, y por cierto no pequeña del tecnicismo escolástico. No se combate lo que no vale, y «la espuma, dijo un filósofo, honra el freno» (2). Mantenga la Filosofía escolástica cristiana su propio lenguaje, que le servirá de fuerte escudo contra las invasiones del error.

La *forma* es lo segundo que hay que examinar en nuestra filosofía. Se reduce á presentar con claridad el punto en cuestión. Para ello establece antes prenotandos con las definiciones y acepciones varias de que es susceptible la proposición. Entendido bien el punto de vista bajo el que se va á tratar la cuestión, marcha el escolástico con inflexible lógica, desarrollando hasta sus últimas consecuencias

(1) P. Zeterino. «Historia de la Filosofía.» T. 4.º 2.ª Edic.

(2) Augusto Nicolás. *Estudios*.

la verdad, y combatiendo hasta sus últimas trincheras el error. Por eso es que los corifeos de la mentira huyen del carácter severo de la Filosofía escolástica, por lidiar con los que sin nervio de argumentación se acogen á las formas oratorias. Aquí es precisamente donde nada teme la mentira. Debajo del oropel de hermoasadas frases y fascinantes formas hurta el cuerpo á los mejores y más ciertos golpes de la verdad.

Sigamos, pues, el consejo del Pontífice. Sin desdeñar los recursos que la oratoria proporciona, acometamos con vigorosas pruebas é inflexible lógica, y no temamos, que pronto se declarará en fuga el enemigo. Esto es lo que León XIII dice y el Angélico Doctor enseña.

Ahora, en lo que toca al fondo, oígame lo que escribe el Emmo. Cardenal González: «Considerada, dice, en su fondo y en su esencia es la Filosofía escolástica la prosecución lógica y científica de la idea cristiana... Como encarnación verdadera y genuina de la Filosofía cristiana, es la indagación racional y el conocimiento científico de las cosas por medio de la razón humana ensanchada en sus horizontes, dirigida en sus movimientos y organizada en su fuerza por la fe cristiana y por la razón divina.» (1)

Así es que esconde en su fondo el más bello ideal de todo filósofo católico, el mundo armónico de la razón y de la fe. Cristiana como es, se reconoce hija del Cielo, y á la sombra de la razón es como su vida va de crecimiento en crecimiento, y sus aspiraciones terminan en la inmensidad. Conoce su propio destino en la vida, y como encargada de iluminar la baja región de este siglo, suple con divinos reflejos la luz propia que le falta. Marcha por los senderos de la verdad sin perder un punto de vista la estrella salvadora de la fe. Hermanadas marchan las dos desarrollándose en su propia esfera, y prestándose en mutua sociedad los auxilios que necesitan.

He aquí la alianza que entre la razón y la fe establece

(1) Historia de la Filosofía, t. 2.º

la Filosofía de Santo Tomás: alianza en virtud de la cual la ciencia defiende la fe, y la fe ensancha la ciencia. Ella es la base en que debe estar cimentada toda buena filosofía, y ella la que constituye el núcleo, la fuerza y la vida de la filosofía tomista. Así es como sus doctores, inspirados en tan alto pensamiento, contemplan de un solo golpe el conjunto armónico del orden divino y humano, del mundo, de la naturaleza y de la gracia: así es como han enriquecido su filosofía de preciosísimos principios que, desarrollados luego en múltiples consecuencias, forman el vasto y hermoso campo de la ciencia cristiana. Colocados á tan grande altura de ideas han derramado luz sobre todas las grandes cuestiones de la vida; y sobre los difíciles problemas de la ciencia de Dios, de la creación del mundo, de la constitución del hombre, del origen de las ideas, de los principios de los cuerpos, del origen del poder, de la libertad del hombre, de la espiritualidad é inmortalidad del alma.

Léanse los autores del siglo XVI, cuyas páginas llevan todas el nombre de Santo Tomas, y allí se encuentran resueltos todos esos grandes problemas: nótese allí magnificencia de principios y grandiosidad de ideas. Así es que fecundizada con esos grandes principios, la inteligencia más vulgar, adquiere maravilloso y seguro desarrollo con aprovechamiento suyo y de la Iglesia.

IV.

Don Alejandro Pidal escribe: «Si alguna filosofía merece el nombre de filosofía en absoluto, el nombre de *perennis philosophia*, que dijo Leibnitz, y el nombre de *filosofía española* en particular, no es otra que la grande y sublime filosofía escolástica, tal como la fijó la diestra inmortal del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino.

España, fiel á la tradición de las escuelas cristianas de Sevilla y de las mozárabes de Córdoba, vió con pena arri-

bar á sus costas el *averraismo*, el gran corruptor de la filosofía de las escuelas, y vió, á ruegos de uno de sus mayores Santos, venir escrita especialmente para ella misma la *Summa contra Gentes* de Santo Tomás de Aquino. Los hijos de Sto. Domingo de Guzmán, maestros en esta filosofía, esparcieron su conocimiento en España, cuna de su Orden, y cuando la cristiandad llamó á Concilio á sus sabios, España asombró á la cristiandad convocada en Trento, con el número y calidad de sus filósofos y teólogos.

La *filosofía tomista ó escolástica* fué, pues, si no por casualidad de su nacimiento, por *derecho de conquista*, la *filosofía española*, como la llamó Leibnitz; la que hizo brillar á Juan de Torquemada en Basilea; la que predicó San Vicente Ferrer en toda Europa; la que fomentó Cisneros y restauró Francisco de Victoria, el Sócrates de la teología española; la que inspiró á Diego de Deza, el protector de Cristóbal Colón; la que inmortalizó á Carranza, el gran campeón del Concilio de Trento; á Domingo Soto, el encargado por los Padres del mismo Concilio de redactar sus decisiones y decretos; y á Fr. Manuel Gil, Cardenal de Zaragoza, en el Concilio Vaticano; á Pedro Soto, el restaurador de las Universidades de Dilingen y Oxford, el primer teólogo de Pío IV en el Concilio Tridentino, que le calificó de «príncipe de los teólogos» y que pareció, según dice Solavicini, que quedaba sumido en la oscuridad con la muerte de una de sus mayores lumbreras: la que profesó Melchor Cano, que, pensando como Santo Tomás, escribía como Cicerón; la que formó á Báñez y á Lemos, á Salmerón y á Lainez, á Pérez Ayala y á Juan de Santo Tomás y al gran Suárez que, lejos de separarse de Santo Tomás, le siguió en su filosofía y pretendió no apartarse de él en sus innovaciones teológicas; la que enseñó en nuestras Universidades de Salamanca y Alcalá; la que dió dirección y guía á nuestros místicos como Santa Teresa y Fr. Luis de Granada, y la que inspiró á nuestros artistas, dándonos, entre otras obras maestras, el gran lienzo de

Zurbarán; en el que el Emperador de las Españas y el clero secular y regular español y la nobleza de Castilla asistieron de hinojos al *Triunfo de Santo Tomás de Aquino*.

ARTÍCULO III

EPÍSTOLA ENCÍCLICA SOBRE LA
RESTAURACIÓN DE LA FILOSOFÍA CRISTIANA, CONFORME
Á LA DOCTRINA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

LEÓN, P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

I

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica: El Hijo Unigénito del Eterno Padre, que apareció sobre la tierra para traer al humano linaje la salvación y la luz de la divina sabiduría, hizo ciertamente un grande y admirable beneficio al mundo cuando, habiendo de subir nuevamente á los cielos, mandó á los apóstoles *que fuesen á enseñar á todas las gentes*, y dejó á la Iglesia por Él fundada por común y suprema maestra de los pueblos. Pues los hombres, á quien la verdad había libertado, debían ser conservados por la verdad; ni hubieran durado por largo tiempo los frutos de las celestiales doctrinas, por los que adquirió el hombre la salud, si Cristo Nuestro Señor no hubiese constituido un magisterio perenne para instruir los entendimientos en la fe. Pero la Iglesia, ora animada con las promesas de su divino autor; ora imitando su caridad; de tal suerte cumplió sus preceptos, que tuvo siempre por mira y fué su principal deseo enseñar la religión y luchar perpetuamente con los errores. A esto tienden los diligentes trabajos de cada uno de los Obispos, á esto las leyes y decretos promulgados de los Concilios y en especial la cotidiana solicitud de los Romanos Pontífices, á quienes como á sucesores en el primado del bienaventurado Pedro, Príncipe